

Charlas Cuaresmales



“A propósito del AMOR”

Introducción

Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación (2Cor 6,2). La Cuaresma es el *ahora* al que se refiere *el tiempo favorable*; *el día de la salvación* es el horizonte al que mira y apunta el *ahora* de la Cuaresma. Vivir la Cuaresma es situarse en el tiempo favorable que es el *ahora*, mirando desde el *ahora* al *día de la salvación* que es la Pascua, el Triduo Pascual.

El Triduo Pascual es la plenitud del Amor de Dios, el *tanto amó Dios al mundo*, el *hasta el extremo* del Amor de Dios manifestado en su hijo Jesucristo.

Vivir la Cuaresma no es organizar nuestra vida según nuestros criterios y proyectos; ni siquiera según nuestras mejores intenciones y buenos deseos. Esto puede ser lo más seguro: así Dios no nos complicará la vida. Vivir la Cuaresma es estar abiertos a que el *hasta el extremo* del Amor de Dios nos empape, nos invada, nos llene y nos transforme en Amor hasta el extremo de Dios para los demás a través de nosotros. Es decir, vivir la Cuaresma en dejar que Dios nos “desquicie”, “desorganice” nuestra vida y la organice según el modelo de quien es su Amor encarnado, humanado, sensible, tangible y accesible a nosotros, para convertirnos en Amor suyo humanado, sensible, tangible y accesible a los demás.

Vivir la Cuaresma no es, pues, hacernos programas de vida y proyectos sublimes para el seguimiento del Señor. Vivir la Cuaresma es dejar que Cristo sea nuestro programa arriesgándonos a que nos complique la vida y nos saque de nuestras seguridades.

¿Qué es, pues, lo fundamental?

Acercóse uno de los escribas que le había oído y, viendo que les había respondido muy bien, le preguntó: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» Jesús le contestó: «El primero es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos». Le dijo el escriba: «Muy bien, Maestro; tienes razón al decir que El es único y que no hay otro fuera de El, y amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificio». (Mc 12, 28-33).

Esto es lo fundamental. A esto dedicaremos las charlas cuaresmales de este año: a reflexionar sobre Dios-Amor, sobre amar a Dios, sobre amar al prójimo y sobre amarse a sí mismo¹.

¹ Catedral del Salvador-La Seo. Cuaresma 2022: 7, 8 y 9 de marzo. Joaquín Aguilar Balaguer.



I

Dios es Amor

(Un hombre tenía dos hijos)

“Un hombre tenía dos hijos...”

Las parábolas son algo más que un género literario o una táctica pedagógica que Jesús utilizaba para anunciar la Buena Noticia del Reino. Superan con creces la relatividad de un ejemplo sacado de la vida diaria y empleado para hacer comprender un mensaje o una doctrina. Sin embargo, mucho más allá de ser ejemplos magistrales que hablan por sí solos hasta en sus más mínimos detalles, las parábolas son, como el resto de la Escritura, revelación del misterio de Dios. La parábola del hijo pródigo (¿habría que decir, mejor, del Padre bueno?) nos muestra, nos revela, el verdadero rostro de Dios, el verdadero alcance de la afirmación: “Dios es Amor”.

Vamos a acercarnos a la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) reparando hasta en sus más mínimos detalles, con la única pretensión de que, en ella, nos sea revelado el verdadero rostro de Dios Padre; y esa revelación, acogida en un marco de oración para vivir la Cuaresma, se convierta para nosotros en experiencia personal de su amor. La contemplación serena y pausada de las actitudes profundas y del comportamiento de cada uno de los hijos, nos dará, en la respuesta del padre, la verdadera identidad del Amor.

Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde... Normalmente las herencias se reciben cuando mueren los padres². Estos pueden renunciar en vida a sus posesiones y repartirlas entre sus hijos, pero les ampara el derecho a vivir de sus beneficios mientras estén vivos. El hecho de que un hijo reclame su herencia en vida del padre y disponga plenamente de ella privándole del derecho que todavía tiene, equivale a desear su muerte; es como decirle “Padre, no puedo esperar a que mueras”. Esta consideración hace que la marcha del hijo sea un acto más ofensivo de lo que a primera vista parece. “Supone rechazar el hogar en el que el hijo nació y fue alimentado, y es una ruptura con la tradición más preciosa mantenida cuidadosamente por la gran comunidad de la que él formaba parte. Cuando Lucas escribe: «se marchó a un país lejano», quiere indicar mucho más que el deseo de un hombre joven para ver mundo. Habla de un corte drástico con la forma de vivir, de pensar y de actuar que le había sido transmitida de generación en generación como un legado sagrado. Más que una falta de respeto es una traición a los valores de la familia y de la comunidad. El «país lejano» es el mundo en el que se ignora todo lo que en casa se considera sagrado”³.

El hijo menor se va de casa a un país lejano para vivir su propia vida, para “realizarse”, pero por su cuenta; y no sólo al margen de su padre sino sin él. En realidad, para

² Pues donde hay testamento se requiere que conste la muerte del testador, ya que el testamento es válido en caso de defunción, no teniendo valor en vida del testador (Heb 9,16-17).

³ Henri J.M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo*, PPC, 41.

realizarse pretende “matar” a su padre. Lo que no sabe es que, “matando” al padre (*lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda*), a quien mata en realidad es a sí mismo (*este hijo mío estaba muerto... estaba perdido...*). Su condición de hijo, la que le da la razón de ser, sólo se sustenta en la condición de padre, de quien le ha engendrado y dado la vida, el hogar, la forma de vivir, de pensar, de actuar... “Matar” al padre con la pretensión de ser él, significa, paradójicamente, dejar de ser él porque deja de ser hijo, única razón de su ser (vv. 14-16).

La muerte del hijo no significa, sin embargo, la aniquilación total. Todavía queda un pequeño soplo de vida; aún late en su interior su verdadero ser; aún le quedan fuerzas para *entrar en sí mismo* y recordar su antigua condición de hijo..., con un padre, un hogar, una vida. La penosa situación en la que ha desembocado su pretensión de ser-él sin el padre..., el hambre de aquello para lo que fue hecho y no es..., el querer ser y no poder..., le hacen reconocer su pecado y añorar su verdadero ser: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo*. Por lo que a él respecta, no sólo no merece ser llamado hijo sino que no lo es; ha perdido su condición de hijo en el momento en que ha “matado” a su padre. Pero el pequeño soplo de vida que le queda es suficiente para sentir hambre de lo que está llamado a ser y no es; para redescubrir que su ser, su vocación, su realización personal, su plenitud..., están junto a su padre, es decir, en casa..., en la tradición..., en la comunidad..., en la forma de vivir, de pensar, de actuar que le había sido transmitida..., en los valores de la familia y de la comunidad... De lo que ahora se trata es de desandar el camino recorrido (*se marchó a un país lejano*) y volver a casa (*Y, levantándose, partió hacia su padre*) aunque no sea en calidad de hijo, que ya no lo merece, sino como un jornalero más. Un análisis profundo del comportamiento del hijo menor nos conduce a estos resultados, pero ¿su actitud consciente y espontánea respondía a estos móviles? ¿Volvió porque estaba realmente arrepentido pensando cuánto habría sufrido su padre..., o volvió por motivos egoístas, pensando sólo en él: hambre, soledad...? Los caminos del Señor son inescrutables, y lo que aparentemente puede parecer un acto interesado y egoísta, internamente responde a razones estructurales más profundas de las que Dios se sirve para atraernos hacia sí.

Los razonamientos del hijo menor encajaban perfectamente dentro de los parámetros de una lógica puramente humana, pero tenían un punto “débil” lo suficientemente importante como para que todos esos razonamientos cayeran por su propia base. Ese punto débil de sus razonamientos resultó ser el punto fuerte de su vida, que no era otro sino su padre. *Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente*. El padre ha estado callado hasta ahora. Pero su silencio no es signo de cobardía o debilidad, sino de amor. El padre ama al hijo pequeño hasta tal punto que respeta su libertad para dejar el hogar, para equivocarse..., para autodestruirse... Es consciente de la traición de su hijo..., de su deseo de “matarle”, del camino equivocado que ha elegido para ser él, de que ese camino le va a matar, de que volverá a casa después de malgastar toda la herencia...; pero calla... porque le ama. ¡Hasta ese punto llega su amor! Y ahora vuelve el hijo –sabía que volvería–, y sabe que, tal vez, el motivo de su vuelta no se deba a un verdadero arrepentimiento por el daño que le ha hecho, sino porque no tiene qué comer y se encuentra sólo...; pero no le reprocha nada, no le dice que ya se lo había advertido, no le guarda ningún rencor, no le dice ninguna palabra que pueda humillarle, dolerle o hundirle más de lo que está... Ante el hijo que vuelve, el padre se conmueve..., corre hacia él..., se echa a su cuello..., y le besa efusivamente⁴... Todas las valoraciones del comportamiento del hijo, humanamente razonables, justificadas y lógicas, se vienen abajo... Y el hijo inicia su discurso de justificación, de arrepentimiento, de petición de perdón, de aceptación de un castigo... ¡Era lo menos que podía hacer dentro de una lógica

⁴ *El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca (ICor 13,4-8°).*

puramente humana! Pero el padre ni siquiera le deja hablar..., ni siquiera le escucha..., ni siquiera le hace caso... La actitud del hijo ya no tiene sentido, teniendo en cuenta la actitud que ha adoptado el padre. El padre no está para disculpas, justificaciones, reproches, autoinculpaciones... Al padre no le importa lo que ha hecho el hijo..., ¡le importa el hijo!: *este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado*. Por eso su primera reacción –coherente con su forma de ser– es devolverle la condición de hijo, su ser: *Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies*. La actitud del padre es sincera, tan sincera como que “echa la casa por la ventana” (*Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos*), y organiza una fiesta (y *celebremos una fiesta,... Y comenzaron la fiesta*).

Mientras tanto viene el hijo mayor. No es malo... Es “fiel cumplidor” de todas las ordenes de su padre... No se ha ido de casa ni ha malgastado la parte de la herencia que le corresponde, como su hermano pequeño... Pero no vive en plenitud su condición de hijo: no está hecho de “la misma pasta” que el padre, a quien debería asemejarse “genéticamente”; no adopta su misma actitud de acogida y perdón; no le importa su hermano, sino lo que ha hecho (*ha devorado tu hacienda con prostitutas*); no se alegra (y *no quería entrar*); está lleno de rencor y resentimiento (*El se irritó*), de celos y de envidia⁵ (*Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!*); aunque reconoce que es hijo de su padre, no le llama hermano (*ahora que ha venido ese hijo tuyo...*)...

De nuevo la actitud del padre rompe todos los esquemas: sale a buscar al hijo mayor y le suplica... (*Salió su padre, y le suplicaba*); le hace ver que El –el padre– es su mayor riqueza y plenitud... (*Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo*); que las personas son más importantes que lo que hacen... (*pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado*); que aquel hijo suyo es su hermano... (*este hermano tuyo*).

Indudablemente, con esta parábola Jesús quería revelarnos al Padre, mostrarnos su rostro, hablarnos de su amor misericordioso, de cómo nos ama y de cuánto significamos para El. La revelación que Jesús nos hace de Dios desborda todas nuestras expectativas, todas nuestras lógicas, todos nuestros cálculos... El Ser-Dios-Amor, el amar de Dios es un amor “injusto”, “in-merecido”. Es un amor que se sale, que se pasa. Jamás hubiéramos podido imaginar que Dios fuera así... Y Jesús nos dijo: es así...

Pero Cristo no sólo nos dijo que Dios es así; nos lo mostró en su persona porque él es el rostro visible de ese padre de la parábola: *quien me ha visto a mí, ha visto al Padre* (Jn 14,9). En Cristo, el amor de Dios –el Dios-Amor– no es un “cuento”, una historieta bonita y sugerente; en Cristo se ve, se toca y siente a ese Padre que me espera, que corre, que me abraza, que me cose a besos...; que no me reprocha nada, que no lleva cuentas de mis pecados; que me disculpa siempre, que me cree siempre, que me soporta todo; que no me falla nunca... La Sagrada Escritura es, en primer lugar, la revelación de Dios. Ante todo nos dice quién es Dios y qué significamos para él. El capítulo 13 de la primera carta a los Corintios, es la radiografía de Dios-Amor, antes de ser un código moral de lo que tiene que ser nuestra vida.

En un clima de oración abandónate a esta revelación de Jesús; déjate desbordar por ella; saboréala sintiéndote su destinatario/a. No te pierdas en razonamientos o identificaciones

⁵ La actitud del hijo mayor es el antónimo del amor: *El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca* (1Cor 13,4-8°).

moralizantes con cada uno de los hijos. Simplemente céntrate en el padre y goza como hijo/a de todo el amor que se te revela en la parábola, porque ese es el amor que Dios te tiene a ti.

“...como vuestro Padre Celestial”

Es constitutivo del ser-hijo parecerse a los padres. Los hijos de la parábola dejan mucho que desear respecto al parecido que deberían tener con su padre. ¡Qué distintos son! Pero lo lógico sería que no lo fueran. De hecho, en su ser-tan-distintos no son ellos mismos, no viven la plenitud, no son felices..., no son hijos. Jesús, en el sermón de la montaña, nos llama a ser hijos, a vivir como hijos de nuestro Padre (Cf. Mt 5,48).

Y *El hijo menor*.

- ¿Cómo valoras el ser hijo/a de Dios? ¿Te sientes amado/a por Dios?
- ¿Alguna vez has hecho oídos sordos a esta llamada del amor? ¿Alguna vez “has marchado lejos” en busca de “otros amores”? Abandonar el hogar significa romper con tus raíces, con tu vocación, con aquello para lo que has sido hecho/a; significa querer ser tú pero sin El, realizarte por tu cuenta, a tu aire. ¿En qué momentos sigues abandonando el hogar y qué razones te mueven a ello?
- ¿En tus “huidas del hogar” qué te duele más, haber rechazado su amor de Padre, haberle “ofendido”, o lo mal que te sientes tú? ¿Qué te mueve a “volver a casa”, sentir su amor de Padre siendo tú hijo/a, o sentirte tú bien interiormente? Hay veces que nos preocupa más nuestro “bienestar” espiritual que la reconciliación con Dios...
- ¿Estás seguro/a de que Dios te quiere incondicionalmente? ¿Cuántas veces piensas en lo que te mereces y en lo que no te mereces? ¿Cómo vives el ser amado/a y perdonado/a sin merecerlo? ¿En qué momentos recuerdas haberte sentido tratado/a por Dios como el hijo menor de la parábola?

Y *El hijo mayor*.

- ¿En qué momentos de tu vida te ves “cumplidor/a” y “obediente”..., y en qué momentos te ves “hijo/a”...? ¿Alguna vez le has “pasado factura” a Dios? ¿De qué cosas le has “pasado factura”?
- ¿Qué actitud adoptas ante los defectos, errores, pecados y debilidades de los demás: la del padre o la del hijo mayor?
- Sabes que todos somos hijos de Dios. ¿Tratas a los demás como hermanos tuyos?

Y *El padre*.

- ¿Qué es lo que más te llama la atención del padre de la parábola? ¿Qué es lo que más admiras? ¿Qué es lo que más te desconcierta? ¿Qué es lo que más te duele?
- Seguramente, han sido muchas las veces que has meditado sobre los puntos en común que tienes con los dos hijos de la parábola. ¿Has pensado alguna vez que nuestra identidad cristiana no termina en la pretensión de ser un buen hijo menor o un buen hijo mayor...? ¿Nunca has pensado que estás hecho/a de la misma “pasta que el Padre” y que estás llamado/a a ser Amor para los demás, como él?



III

Tanto amó Dios al mundo

(Simón de Juan, ¿me amas?)

Simón de Juan..., yo te amo

Maestro, ¿cuál es el principal mandamiento de la Ley? Él le respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento (Mt 22,36-39)

Cuando hablamos de amar a Dios, instintivamente pensamos en lo que nosotros tenemos que hacer, en las actitudes y acciones que nosotros hemos de poner en marcha para hacer realidad el amor...; y olvidamos que el amor no consiste *en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (I Jn 4,10). Es decir, antes de pensar que yo tengo que amarle he de reconocer que él me ha amado primero; sólo así podré amar yo⁶.

Hay un pasaje del evangelio que es especialmente significativo para comprender nuestro “amarle”. Me refiero al diálogo que Jesús mantiene con Pedro a orillas del lago de Tiberíades, después de resucitar (Jn 21,15-19). Ese diálogo trasciende la singularidad de aquel momento y el significado gramatical de las palabras empleadas en el mismo, y se convierte en modelo o paradigma del diálogo que Jesús mantiene con sus discípulos, con todos y cada uno de ellos; también contigo y conmigo.

Para comprender el valor, el sentido y el alcance del mismo, hemos de situarnos en las personas que dialogan; en este caso, Jesús y Pedro. Ellas son el verdadero diálogo. Su persona, su historia, su relación, sus sentimientos..., constituyen las auténticas palabras de ese diálogo. Por eso, el pasaje de Juan no es sino la culminación de un diálogo que, por parte de Pedro, se inició cuando su hermano Andrés lo presentó a Jesús, y que, a partir de entonces, abarcó ya toda su vida.

«*Simón de Juan ¿me amas?*». Aquellas palabras de Jesús eran algo más que una simple pregunta, y mucho más que un requerimiento a Pedro para que le manifestase sus sentimientos hacia El. Detrás de aquella pregunta había, en primer lugar, una afirmación: «*Simón de Juan, yo te amo*».

Unos días antes, en la Última Cena, en el marco del mandamiento nuevo, Pedro había prometido dar la vida por Jesús.

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.» Simón Pedro le dice: «Señor, ¿a dónde vas?» Jesús le respondió: «Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde.» Pedro le dice: «¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti.» Le responde Jesús:

⁶ “El nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta”. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, 17.

«¿Que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantaré el gallo antes que tú me hayas negado tres veces» (Jn 13,34-38).

Pedro no había entendido que el amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (I Jn 4,10); que para poder amar nosotros, para que os améis los unos a los otros, para «Yo daré mi vida por ti», hemos de ser amados primero por El, tiene que haber antes como yo os he amado, debe acontecer con anterioridad que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Pedro no había entendido que no era él quien, en primer lugar, iba a dar su vida por Cristo, sino que era Cristo quien la iba a dar por él. Tras la pregunta de Jesús: «Simón de Juan ¿me amas?», latía la afirmación de Pedro: «Yo daré mi vida por ti», y la otra pregunta de Jesús: «¿Que darás tu vida por mí?». Pero aquellas palabras de Jesús, lejos de ser un reproche, eran un anuncio, una Buena Noticia: «Simón de Juan, yo te amo; yo he dado mi vida por ti».

Y aquella pregunta se repitió tres veces. La referencia a las tres negaciones era clara y evidente. Sin embargo, en aquella repetición no había la más mínima intención de herir, reprender o censurar: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Rom 5,20). Eran la respuesta de Jesús a la traición de Pedro. Eran tres manifestaciones de amor apasionado; tres ofertas de perdón y de reconciliación, nacidas de la cruz, en contestación a sus tres negaciones. Ahora entendía Pedro, de forma vivencial, las palabras de Jesús cuando él le preguntó: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» Dícele Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22).

«Simón de Juan ¿me amas?»...; «Simón de Juan ¿me amas?»...; «Simón de Juan ¿me quieres?»... Aquellas preguntas eran algo más que unas simples preguntas. En ellas se podía apreciar la especial mirada con que Jesús había mirado siempre a Pedro: la mirada cariñosa, acogedora y esperanzada del primer encuentro (Jn 1,40-42); o aquella otra mirada, en casa del Sumo Sacerdote, llena de ternura, comprensión y misericordia (Lc 22,61). Jesús conocía a Pedro sobradamente: *Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas* (Jn 10,14); sabía que daba una de cal y otra de arena..., que tenía un carácter impulsivo...; pero conocía también su corazón generoso, transparente, limpio... Recordaba sus confesiones de fe: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16); «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,68-69)...; y sus muestras de confianza: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5)...; y sus bravatas: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré» ... «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré» (Mt 26,33.35) ... «Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte» (Lc 22,33) ... «No me lavarás los pies jamás» (Jn 13,8)...; y sus salidas de tono: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mt 16,22) ... *Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al siervo del Sumo Sacerdote, y le cortó la oreja derecha* (Jn 18,10)...; y su fragilidad: «Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas.» «¡Ven!», le dijo. *Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!» Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»* (Mt 14,...); y sus negaciones: «No sé qué dices» ... «¡Yo no conozco a ese hombre!» ... «¡Yo no conozco a ese hombre!» (Mt 26,70.72.74)...; y sus arrepentimientos: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8) ... «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza» (Jn 13,9) ... *Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente* (Lc 22,62)... Y Jesús no podía sino amar más a Pedro: «Simón de Juan, yo te amo; yo he dado mi vida por ti».

¿Y Pedro...? ¿Qué pensamientos y sentimientos atraviesan su mente? También él recuerda las tres negaciones, y sus bravatas, y sus salidas de tono, y su fragilidad... Por eso

cada pregunta le va sumiendo en la tristeza, el dolor, la vergüenza, la humillación...; pero no en la desesperación. Pedro recuerda la mirada de Jesús en casa del Sumo Sacerdote... Sólo él conoce aquella mirada...: una mirada llena de ternura..., de comprensión..., de amor; una mirada que le derrumbó como nadie lo había hecho nunca... En las tres preguntas que Jesús le hace, Pedro siente aquella misma mirada...; y sabe que el Señor le ama...; y, como en el lavatorio de los pies, pero ahora desde el derrumbamiento, desde la derrota, desde el no ser merecedor, desde el sentirse totalmente a merced de la misericordia, desde el no saber ya nada..., Pedro se rinde y se abandona a su amor: «*Señor, tú lo sabes todo*», al tiempo que le reitera el suyo: «*tú sabes que te quiero*» (Jn 21,17).

El Señor sólo pone una condición a los que llama para que le sigan: «*¿me amas?*». No se trata de una pregunta teórica a la que se pueda responder teóricamente. Se trata de una pregunta que encierra toda una vida de amor —la de Cristo—, a la que únicamente se puede responder con otra vida vivida en diálogo de amor con la anterior —la tuya—. Por eso, la revitalización de nuestra vida cristiana, y la de nuestras parroquias, y la de nuestro grupo de apostolado, y la de nuestro movimiento o nuestra cofradía..., pasa por revitalizar y renovar este diálogo existencial de amor; un diálogo en el que Dios, en Cristo, ha pronunciado la primera y más importante palabra: «*yo te amo; yo he dado mi vida por ti*».

Simón de Juan, ¿me amas?

La pregunta de Jesús, antes de ser una pregunta —decíamos— es una afirmación, un anuncio; antes de ser una demanda de amor es una oferta y donación de sí mismo: «*yo te amo; yo he dado mi vida por ti*». Por eso, el amor demandado hay que situarlo en la misma línea y al mismo nivel que el amor entregado. En realidad, Jesús emplaza a Pedro a vivir con El el mismo amor que El ha mostrado por Pedro.

En el diálogo que Jesús mantiene con Pedro hay un detalle aparentemente irrelevante, pero que puede ser significativo desde la perspectiva en que nos situamos nosotros. Se trata de la utilización de dos verbos diferentes en las preguntas y en las respuestas: el verbo “agapao” (ágape) y el verbo “fhileo”. Los especialistas coinciden en afirmar que este detalle carece de importancia⁷, si bien admiten que “se supone casi siempre que hay diferencias en cuanto a la sensibilidad lingüística o los matices”⁸. El Papa Benedicto XVI afirma que existe algo más que diferencias de matices⁹.

Diferencias, pues, las hay, y ello nos da pie para pensar que en el diálogo entre Jesús y Pedro había algo más que un simple —«*¿Me amas?*»—. —«*Te quiero*»—. En realidad, como ya hemos señalado anteriormente, el verdadero significado de los términos “agapao” y “fhileo” no hemos de buscarlo en los diccionarios sino en las personas que los pronuncian, en su vida, en su historia.

⁷ “En este pasaje se emplean dos términos diferentes para significar «amor», pero ya han sido usados continuamente en Jn como sinónimos”. *Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, Ediciones Cristiandad, Tomo IV, 528.

“En el NT “fileo” y “agapao” son sinónimos”. *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Sígueme, Vol. II, 1956.

⁸ Op. cit., 1956.

⁹ “En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo (ágape) expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca”. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, 6.

En las dos primeras preguntas, Jesús utiliza el verbo “agapao”, y Pedro le responde con el verbo “fhileo”. En la tercera, Jesús cambia y utiliza el verbo “fhileo”, recibiendo la respuesta de Pedro en los mismos términos.

—«*Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?*» (“agapao”).

—«*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*» (“fhileo”).

—«*Simón de Juan, ¿me amas?*» (“agapao”).

—«*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*» (“fhileo”).

—«*Simón de Juan, ¿me quieres?*» (“fhileo”).

—«*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero*» (“fhileo”).

Cuando Jesús le pregunta: «*Simón de Juan, ¿me amas?*» (“agapao”), le está preguntando si está dispuesto a amarle con el mismo amor con que El le acaba de amar. La pregunta se sitúa en la dinámica misma del amor: *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros* (I Jn 4,10-11). Cristo, que es la manera del amor de Dios, quiere ser también la manera de nuestro amor:

- *Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros* (Jn 13,12-15).
- *En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos* (I Jn 3,16).
- *El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío» (I Cor 11,23-25).*
- *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros (Jn 13,34).*

Jesús ha amado a Pedro *de esta manera*; ahora pregunta a Pedro si le ama igual (“agapao”). Y Pedro le responde afirmativamente, pero utilizando un verbo distinto al empleado por Jesús (“fhileo”). En la tercera pregunta Jesús cambia y utiliza el mismo verbo con que Pedro le ha respondido las dos veces anteriores, y con el que le responderá también la tercera (“fhileo”).

Independientemente del significado etimológico y gramatical de cada uno de estos vocablos (“agapao” y “fhileo”), la sensación que uno percibe, por la combinación de los verbos en las preguntas y respuestas, y a tenor de las palabras posteriores de Jesús¹⁰, es que, ante la falta de voluntad o de capacidad, por parte de Pedro, de entrar en diálogo con Jesús “hablando” el mismo lenguaje de amor, éste se rebaja en sus pretensiones poniéndose a la altura de Pedro para que el diálogo de amor no se pierda, a la espera de que llegue el día en que Pedro pase del amor de “fhileo” al amor de “agapao”¹¹, que es el amor de Jesús, y así puedan llegar los dos a la plenitud del diálogo de amor.

¹⁰ «*En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.*» Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios (Jn 21,18-19).

¹¹ “Será destino de Pedro seguir al Buen Pastor en todos los detalles, incluso en la entrega de la propia vida (Jn 10,11)”. *Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, Ediciones Cristiandad, Tomo IV, 528.

La espiritualidad del cristiano, y por tanto su identidad, consiste en la configuración con Cristo asumiendo su misma personalidad, es decir, su ser y su hacer¹². Esta es la condición para seguirle: ser como El; más aún, ser El: *vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Para ello es necesario amar con el mismo amor con que El ama: *estoy crucificado con Cristo* (Gal 2,19).

Al principio decíamos que este diálogo es más que el diálogo entre Jesús y Pedro; en realidad es el modelo del diálogo entre Jesús y cada uno de nosotros. Por eso ahora se trata de que cada uno traduzca este diálogo a su propia persona y a su propia vida.

- ✓ En primer lugar, y recordando la primera parte, sitúate en el diálogo con Jesús a orillas del lago de Tiberíades y ocupa el lugar de Pedro. Siente dirigidas a ti las preguntas de Jesús, y escucha en ellas todo lo que Jesús te dice; todo lo que Jesús te recuerda; todo lo que Jesús te anuncia. Como Pedro, llena esas preguntas con la vida de Jesús y con su historia; con tu propia vida y con tu historia en relación con él. Y vive así, en un clima de cercanía, de intimidad y de sinceridad, tu propio y personal diálogo con el Señor.
- ✓ En segundo lugar, sitúate en las preguntas como tales, y en las respuestas que estas preguntas estaban demandando de Pedro; sólo que ahora las preguntas van dirigidas a ti, de forma personal, directa e incisiva: *Yo te amo; ¿y tú? ¿Me amas? ¿Estás dispuesto/a a amarme como yo te amo? ¿Estás dispuesto/a a seguir viviendo conmigo el diálogo de amor que yo he iniciado, respondiéndome con el mismo lenguaje de amor con que yo te he hablado?*

Aporta tu vida como respuesta a sus preguntas. Porque no se trata de que respondas al Señor desde tus deseos de futuro sino desde tus respuestas del pasado; no desde las respuestas que le quieres dar sino desde las respuestas que ya le has dado. Ese es tu verdadero diálogo; el real; el vivencial. Entabla, pues, ese diálogo con el Señor, y, a medida que vayas respondiendo, verás que en tu vida hay unas respuestas que son de “agapao”..., y otras de “fhileo”. No pierdas la paz por ello. Tú, como Pedro, dile al Señor: *Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero*. El Señor sabe esperar; tiene paciencia; está dispuesto a darte el tiempo necesario para que, mirando al futuro, inicies un camino de conversión hasta que todas tus respuestas estén en la línea del “agapao”; en la misma línea del amor con que El te ha amado, te ama y te amará. Ese será el momento en que *extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras* (Jn 21,18....); y entonces sí podrás decir: *estoy crucificado con Cristo, vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,19-20). Por eso, aunque tu respuesta no esté todavía plenamente en la línea del amor con que el Señor te ha amado, El sigue amándote hasta el extremo y sigue dando su vida por ti, al tiempo que renueva su llamada: «*Sígueme*».

¹² «*Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado*» (Mt 10,40); «*Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado*» (Lc 10,16); «*En verdad, en verdad os digo: quien acoja al que yo envíe me acoge a mí, y quien me acoja a mí, acoge a Aquel que me ha enviado*» (Jn 13,20); «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (Jn 20,21); *Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo* (Jn 17,18).



III

...como a ti mismo (Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...)

Amarás a tu prójimo...

Maestro, ¿cuál es el principal mandamiento de la Ley? ...//... Él le respondió: El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo... (Mt 22,40).

Un maestro de la ley preguntó a Jesús:

«Y ¿quién es mi prójimo?» Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» El dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.» (Lc. 10,29-37).

La parábola del Buen Samaritano es considerada como el paradigma del amor al prójimo. En ella se condensan todas las enseñanzas de Jesús sobre el amor al prójimo, que podemos encontrarlas en el pasaje del evangelio que escuchábamos hace dos domingos:

«A los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo. ¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros.» (Lc 6,27-38).

El pasaje no necesita ningún comentario...

Es verdad que, en una primera impresión, estas enseñanzas de Jesús pueden parecer duras y difíciles de asumir, especialmente si las consideramos una imposición legalista o un imperativo moral; pero si no nos salimos de la fuente de la que hemos partido en estas charlas

cuaresmales: que Dios es Amor, y que el amor no consiste *en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó...*, descubriremos que el amor al prójimo no es un imperativo moral sino la expresión y la consecuencia del amor que Dios nos tiene a cada uno: *Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*. La medida de nuestro amor no somos nosotros sino Dios: *si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros...* El Buen Samaritano de la parábola practica con el prójimo el amor que Dios nos tiene a cada uno en su máxima expresión: *el amor a los enemigos. Amad a vuestros enemigos..., haced el bien y prestad sin esperar nada..., perdonad, y seréis perdonados..., dad, y se os dará.*

Los judíos estaban enemistados con los samaritanos, no se hablaban: Recordad en encuentro de Jesús con la Samaritana: *«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?»* (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.) (Jn 4,9). Por eso el gesto del Buen Samaritano tiene un significado muy especial. Ni el sacerdote ni el levita se detuvieron para atender a aquel hombre herido, medio muerto y tirado en la cuneta. Sin embargo, un samaritano, una persona mal vista y ninguneada por los judíos, se detuvo, lo atendió, vendó y curó sus heridas, lo montó en su cabalgadura, lo llevó a la posada, cuidó de él, y, al día siguiente, siguió su camino dejándolo en manos del posadero para que lo cuidara, y se comprometió a sufragar, a su vuelta, los gastos de más que hubiere ocasionado.

El Buen Samaritano encarna el amor que veíamos en el padre de la parábola del hijo pródigo, el amor descrito el Corintios 13: *El amor es servicial..., el amor no presume ni se engríe..., no es egoísta... no lleva cuentas del mal..., no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad..., Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca.* Eso es lo que hizo aquel samaritano: con sencillez, sin estridencias, como lo más normal del mundo; no por imperativo moral sino porque era su natural forma de ser.

En aquel samaritano se ha querido ver a Jesucristo; y en el posadero y la posada, a la Iglesia. Jesús ha venido a buscar lo que estaba perdido; ha venido a curarnos y a salvarnos, y ha encomendado a la Iglesia el cuidado de todos los hombres, su curación y su salvación hasta que él vuelva.

Estoy seguro de que, por su significado, habéis meditado muchas veces esta parábola en retiros, ejercicios espirituales, charlas..., y os habéis comparado con todos los personajes que aparecen en ella: el sacerdote, el levita, el posadero...; bueno, con todos menos con uno: el hombre despojado, golpeado, roto y medio muerto que está tirado al borde del camino. Hoy vamos a fijarnos en él. Tú eres, o has sido en alguna ocasión, ese hombre roto, hundido, marginado, tirado en la cuneta ... Se trata de que ahora te preguntes: ¿cómo tratas a esa persona, tirada al borde del camino, rota, hundida..., que eres tú? ¿Actúas como el sacerdote y el levita que tienen mucha “prisa” y no se detienen para curarle? En definitiva, ¿amas a esa persona, a ese prójimo... que eres tú? El segundo mandamiento, semejante el primero, es...

Amarás a tu prójimo... como a ti mismo.

Es decir, al prójimo hay que amarlo igual que uno se ama a sí mismo; o mejor, para amar al prójimo, hay que amarse primero a sí mismo; y no estamos hablando de dos mandamientos sino de uno solo. En no pocas ocasiones hemos olvidado la segunda parte de este segundo mandamiento principal de la ley: que el amor al prójimo tiene en el amor a uno mismo su medida y su posibilidad. Pero quede bien claro que estamos hablando de amor, no de egoísmo. El egoísmo no es amor. Alguien escribió que el egoísmo es la mejor forma de hacerse daño uno a sí mismo. Amarse es otra cosa. Y no es fácil. “No creo que exista una

virtud tan difícil de alcanzar como amarse a sí mismo” dice López Azpitarte¹³. Y más adelante, en el mismo artículo, dice: “Amar es aceptarse como uno es y no como quisiera ser o haber sido. Reconciliarse con los propios límites, sin que esto signifique cruzarse de brazos o quedar satisfecho. Reconocer que somos autores de ciertos capítulos o páginas de nuestra historia que preferiríamos no haber escrito. Que existen, al menos, algunos párrafos o frases que nos gustaría borrar para no volver a leerlos. Es, en una palabra, abrazarse con la propia pequeñez y finitud, sin nostalgias infantiles, con una mirada realista, llena de comprensión y ternura”¹⁴.

Realmente, hoy “pintan” horas bajas en este terreno de amarse, de quererse, de autoestimarse. La autoestima no es solamente una cuestión psicológica; es un problema más profundo: hunde sus raíces en la fe. En el trasfondo de una baja autoestima –salvo que sea un caso patológico– hay un problema de fe: de no creerme que Dios cree en mí. Si Dios me ama tal y como soy..., El que me conoce bien..., ¿quién soy yo para no quererme; para despreciarme?¹⁵. *Amarás al prójimo como a ti mismo*: el amor empieza por uno mismo; si no, no se puede amar a los demás¹⁶.

Pero el amor tiene en el perdón su forma más radical. Para descubrir esta radicalidad hemos de acudir a la “fuente” del amor, a quien es el Amor. Escribe el papa Benedicto XVI: “El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor..../... En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical”¹⁷.

Amarme es vivir en mí y conmigo la experiencia del amor de Dios en su forma más radical. Amarme es experimentar en mí el drama de la confrontación de la justicia, es decir, de lo que me merezco (hijo pródigo), y de la misericordia (el padre de la parábola); y dejar que sea el perdón el que salga vencedor. Amarme es ser comprensivo conmigo mismo; tener paciencia; aceptarme como soy (que no es lo mismo que aplaudirme ni resignarme), aunque no me guste como soy, aunque quisiera borrar ciertas páginas de mi vida para no volver a leerlas más. Amarme es perdonarme..., aunque no pueda olvidar.

Volvamos a la parábola del Buen Samaritano. Identifícate con el que está tirado al borde del camino y pregúntate: ¿Cómo te tratas a ti mismo/a? ¿Te das pena..., te desprecias..., te da miedo atenderte y verte cómo eres y cómo estás? (Das un rodeo, con cualquier excusa, como el sacerdote o el levita, para no toparte contigo mismo/a? ¿O, por el contrario, te detienes..., curas tus heridas..., te cuidas..., sin prisas...? Así es como Dios me quiere.

¹³ López Azpitarte, *El difícil arte de amarse a sí mismo*, Sal Terrae, 979 pp. 397.

¹⁴ López Azpitarte, *El difícil arte de amarse a sí mismo*, Sal Terrae, 979 pp. 402-403.

¹⁵ “No puedo creer en Dios sin creer en mí mismo, que soy imagen de su misterio, semejanza de su insondable profundidad”. Antonio López Baeza, *Experiencia con la soledad*, Narcea 1994, p. 24.

¹⁶ Citando a Kierkegaard, Olegario González de Cardedal dice: “No entra en comunión con el prójimo quien no ha cultivado la soledad y el conocimiento de sí mismo; no atiende al prójimo con respeto quien no atiende las propias necesidades esenciales. Sólo quien se ama a sí mismo de verdad y en la verdad, puede amar al prójimo sin utilizarlo, humillarlo o degradarlo”. Olegario González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, p. 678.

“Mientras la persona no sea capaz de amarse a sí misma, de reconciliarse con sus limitaciones, de aceptar sus sombras y desajustes interiores, tampoco podrá amar al prójimo con sus deficiencias y sus fallos. Y Jesús vuelve a insistir en esa verdad cuando responde al escriba sobre cuál es el primero de todos los mandamientos. Después de hacer referencia al conocido texto del Deuteronomio (6,4-5)... añade de forma explícita: ‘El segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (Mc12,31). En este caso, el amor a uno mismo posibilita y condiciona el amor a los demás”. López Azpitarte, *El difícil arte de amarse a sí mismo*, Sal Terrae, 979 pp. 399.

¹⁷ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, 10.12.

Y yo, ¿soy capaz de quererme a mí mismo/a igual? ¿Soy capaz de aceptarme como soy sin rencores ni desprecios ni condenas...; con ternura y comprensión? ¿Aunque no me guste como soy? ¿Soy capaz de asumir mi debilidad, mi incapacidad, mi naturaleza empecatada (Cf. Rom 7,14-25) y dejarme querer así por El (Cf. Jn 13,6-9 [lavatorio de los pies])? ¿Soy capaz de asumir que el importante es El y que lo único que importa, más que mi imagen, es que El me ama? ¿Soy capaz de amarme a mí mismo/a, no porque me lo merezca sino por la sola razón de que El me ama tal y como soy?

El perdón es la forma más radical del amor. Cuando me acerco a confesarme, lo hago con la convicción y la certeza de que Dios me perdona, pero ¿me perdono yo a mí mismo/a...; aunque por dentro no lo sienta...; aunque me cueste...; por la sola razón de que El me ha perdonado?

Si somos capaces de imaginar, aunque solo sea por un momento, lo que es quererse así, entenderemos perfectamente lo que es amar al prójimo, a los que no me quieren, entenderemos lo que es no criticar, ni juzgar, ni condenar; lo que es comprender, tener paciencia, esperar, no llevar cuentas del mal, perdonar...; porque eso es lo que practico conmigo mismo/a...; eso es el Amor que Dios me tiene.

En el horizonte final de la Cuaresma está la Pascua. Hacia ella caminamos. Allí está *nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos*; allí está *los amó hasta el extremo*; allí está Dios hecho Amor en su forma más radical.